

## PRINCIPIO

DE UN POEMA TITULADO:

## LA REVELACION.

*Proposicion é invocacion.*

El fin de aqueste siglo de malicia,  
 El triunfo de Jesus sobre el pecado,  
 La ruina del error y la injusticia,  
 El orbe en nueva gloria trasformado,  
 Y el reino de verdad y de justicia  
 Sobre eternos cimientos levantado,  
 Pretende celebrar humilde y pia,  
 Tímida, la cristiana Musa mia.

Espíritu divino, que antecedes  
 A los remotos siglos mas lejanos,  
 Que Dios en ser, consubstancial procedes  
 Tú del Padre y el Hijo soberanos;  
 Luz aspirada y viva, que concedes  
 Al hombre, que se acerque á tus arcanos,  
 Vivifica, Señor, Unico, Sabio,  
 Del hijo de la nada el yerto lábio.

Tú viertes en las horas de quebranto  
 En mi doliente pecho la dulzura,  
 Rompes las fuentes del copioso llanto,  
 Y abres mi corazón á la ternura:  
 Hora que de la noche el negro manto  
 Se estiende, y reina la tiniebla oscura,  
 Baja piadoso á mi alma, la ilumina,  
 Y á tus altas moradas la encamina.

Que solo así este polvo, que te implora,  
 Llegará á tu adorable acatamiento,  
 Sin que tu llama activa y vengadora  
 Castigue su liviano atrevimiento;  
 Y admirará tu ciencia, triunfadora  
 Del humano rebelde entendimiento:  
 En toda inteligencia, sin tu ayuda,  
 La mente es ciega y la palabra muda.

Escelso Ser, altísimo Misterio,  
 Lumbre á mis pasos, de mis dudas calma,  
 Alivio en el dolor y refrigerio,  
 Única vida indeficiente al alma;  
 Librame del terreno cautiverio,  
 Dame que obtenga la triunfante palma  
 De mis antiguos yerros y pasiones,  
 E inunde en mí tus soberanos dones.

Y tú, Criatura hermosa, que pasaste  
 De esta tierra infeliz, con blando vuelo,  
 A esa region de paz, donde encontraste  
 Reposo sin afán, gozo sin duelo;  
 Pues que llena de gloria, no olvidaste,  
 Al pisar los alcázares del cielo,  
 El afecto de esposa, con que un día  
 Tu esposo coronaste de alegría:

Vuelve la vista, amada Elisa, y mira  
 Esta obra, que consagro á tu memoria,  
 Renovando las cuerdas de mi lira,  
 Que de tu huesa al pié yace sin gloria;  
 Y á tu amador ardiente, que suspira  
 Por dejar esta vida transitoria,  
 Abreviando los plazos de tu ausencia,  
 Ruega al Señor conceda su asistencia.

---

*El Alma en una vision se separa del Cuerpo.—El Angel  
 de la guarda.—Reino de la Muerte.*

DESDE aquel triste y espantoso día  
 En que Elisa murió, bella y serena,  
 Y puesta en el sepulcro, parecia  
 Desfallecida y lánguida azucena;  
 Su morada quedó yerma y sombría,  
 De amargo llanto su familia llena,  
 Y yo ¡triste! oprimido, con tributo  
 De horrenda asolacion y negro luto.

Una vez, que mis ojos se cerraron,  
 Con doloroso llanto adormecidos,  
 Y tras luenga vigilia se entregaron  
 A penoso letargo mis sentidos,  
 Pavorosas sentí que resonaron  
 Las voces de la muerte en mis oídos:—  
 “Se va á extinguir el soplo que te alienta,  
 Rinde, mortal, de tus acciones cuenta.”—

Gimo, y mi corazón duda y se arroja  
 A nueva lucha, palpitando incierto;  
 Y el ánimo oprimido de congoja,  
 El rostro frío de sudor cubierto,  
 Conozco como el alma se despoja  
 Con íntimo dolor del cuerpo yerto;  
 Como aquella, á su Dios temblando vuelve,  
 Y éste, en pura materia se resuelve.

Hállome solo, á la espantosa orilla,  
 Que divide los términos del mundo:  
 Nebulosa region, do el sol no brilla  
 Y turbulento bate un mar profundo.  
 Al punto en una mísera barquilla  
 Cubierta de algas, entre cieno inmundo,  
 Un Ángel me tomó, partió violento,  
 Y el agua hendió con raudo movimiento.

La interrumpida luz, fúnebre, escasa,  
 De un fuego subterráneo, que á lo léjos  
 Un monte inmenso retumbando abrasa,  
 Entre nieves lanzando sus reflejos,  
 El rastro alumbraba, do la barca pasa.  
 Atónitos mis ojos y perplejos  
 Ven las olas rodar, correr los montes,  
 Y ensancharse los negros horizontes.

De luz teñida, entre la sombra muerta,  
 Resaltaba brillando la figura  
 De mi Ángel tutelar, toda cubierta  
 De una rica y espléndida armadura:  
 Rige firme el timón su diestra esperta;  
 Con la otra mano, lleno de tristura,  
 Cubre el bello semblante pensativo,  
 Y su mismo pensar lo muestra esquivo.

Después de una pasmosa travesía,  
 Tan veloz como el mismo pensamiento,  
 Do amarrada la vista discurría  
 Entre objetos de horror con desaliento;  
 Y el ánimo agitado padecía  
 De incierto porvenir todo el tormento;  
 A una isla sin verdor la barca llega,  
 Y en sus playas estériles me entrega.

Allí sobre un peñón, á quien reviste  
 De defensa y terror un muro fuerte,  
 Un alcázar se eleva, donde asiste  
 Incesorable y ávida la Muerte.  
 De sus negras estancias, la Hambre triste,  
 La Peste asoladora, el Tédio inerte,  
 Los Males todos entre sí ligados  
 Salen, contra los hombres conjurados.

La Muerte misma entre confusa niebla  
 Asoma alguna vez su frente pálida,  
 Asqueroso el cabello que la puebla,  
 Ojos hundidos, la figura escuálida;  
 Sepultando en olvido y en tiniebla  
 La tierna juventud, la edad inválida,  
 Inocencia, beldad, siervos, monarcas,  
 Y ciudades enteras y comarcas.

Allí la cruda y espantosa Guerra,  
 Sobre peñascos ásperos ligada  
 Con cadenas durísimas, aterra,  
 Bramando, la comarca desolada:  
 Cuando el brazo de Dios la echa á la tierra,  
 Parte, como una furia encarnizada,  
 Agitando en sus manos gigantescas  
 Sangrientas armas y encendidas teas.

Por altas peñas, entre arenas muertas,  
 Turbas de toda edad ví numerosas,  
 Que clamando tendian sus manos yertas:  
 Ví desangradas sombras, que medrosas  
 En silencio á su fin iban inciertas:  
 Así del mar las olas presurosas,  
 Que en sucesivo afan la orilla hieren,  
 Se agrupan, corren, y llegando mueren.

No hay un solo mortal que no visite,  
 Para nunca volver, esta ribera,  
 Que el plazo funeral llorando evite,  
 Ni ablande con gemir la suerte fiera;  
 Y que en silencio allí no deposite  
 Su esperanza, su amor, su gloria entera:  
 De mil reyes los nombres celebrados  
 En rota losa ví, casi borrados.

Esto miraba yo, cuando á su planta  
 Me hizo doblar el Angel la rodilla  
 Do, tremolando al viento, se levanta  
 La enseña de las tumbas amarilla:  
 Formó de polvo con su mano santa  
 En mi frente una cruz, y mi megilla  
 Tocó diciendo: —“esta señal te advierte  
 Que el hombre triste en polvo se convierte.”—

Aquel reino de espanto, en un momento  
 Cayó en nuevo pavor: la luz se agota:  
 Cesa del mar el rudo movimiento  
 Con que las rocas cóncavas azota:  
 Calla la Guerra, que con ronco acento  
 La comarca tristísima alborota;  
 Y de la destruccion al grito alterno  
 Suceden soledad, silencio eterno.

*El Espacio.—Abandonada la Alma en él, teme  
 por su suerte futura.*

EL Alma entónces vaga dolorida  
 De sombra en sombra, en dudas abismada,  
 Como piedra al acaso desprendida  
 En los antiguos senos de la nada:  
 Ni término, ni asiento, ni medida  
 Encuentra en la estension inanimada  
 Que recorre, buscando el bien natío,  
 Y do quiera se encuentra en el vacío.

¡Terrible situacion! La inteligencia  
 Con que el hombre al nacer se vió dotado  
 Para gozar de Dios la suma esencia,  
 De inestinguible amor centro abrasado,  
 Cediendo con despecho á la violencia  
 Que la aparta del término anhelado,  
 En tinieblas densísimas se ofusca,  
 Y se aleja del bien cuando le busca.

Dónde estoy? ¿á dónde voy? ¿qué dura suerte  
 Así me oprime cual pesada carga?  
 ¿Seré presa indefensa de la muerte?  
 ¿Al tédio cederé que me aletarga?  
 ¿O superando las edades, fuerte,  
 Viviré siempre en soledad amarga,  
 Sin gozar de la vista clara y pura  
 Del que es Primer Amor, Suma Hermosura?

Tú, que llenas de brillos á la aurora  
 Y coronas de rayos la mañana,  
 Que haces nacer el sol, que el mundo dora,  
 Y vistas de candor la nieve cana;  
 Tú, á cuya voz su luz consoladora  
 La luna esparce por su esfera vana,  
 Cuando la muda tierra se adormece,  
 Y el cielo vigilando resplandece:

Tú, que escitas los íntimos ardores  
 En que la esencia inmaterial se abrasa  
 De llegar á tus vivos resplandores,  
 Y en tí los bienes merecer sin tasa:  
 Tú, que infundes amor, y eres de amores  
 Fuente siempre perenne, nunca escasa,  
 ¿Condenas á este objeto, dulce y caro,  
 A terrible orfandad y desamparo?

Tarde te conocí, Criador amable,  
 Belleza siempre nueva y siempre antigua,  
 Lazo blando de afecto deleitable,  
 Dulce solaz que el ánimo apacigua:  
 Tú solo eres contento perdurable:  
 Sombra que los ardores amortigua:  
 Se hallan en tí, sin repugnancia unidos,  
 Encanto al alma y gozo á los sentidos.

¡Oh! ¿qué será de mí, si á ese tu centro  
 No vuelo desatado en viva llama,  
 Tras el deseo férvido, que dentro  
 Del seno vive y sin cesar lo inflama!  
 Si movido de amor, amor no encuentro,  
 ¿A dónde mi existencia se derrama?  
 ¿Qué es el vivir, si el corazón no quiere?  
 ¿Y qué la voluntad si el amor muere?

Si á tí, Sagrado Fin, no ecsisto junto,  
 Ni he de mirar tu faz cabe tu asiento,  
 Si soy objeto de odio, venga al punto  
 Mi total destruccion y acabamiento,  
 Y el inmortal espíritu, difunto,  
 Perezca con el cuerpo macilento:  
 Si el alma de la nada fué formada,  
 Condénala otra vez á que sea nada.

¿Mas qué digo, insensato? ¿qué pronuncia  
 Movido de terror el torpe lábio?  
 ¿El alma morirá, si ella renuncia  
 La vida, de su esencia con agravio?  
 ¡Inútil esperar! Todo me anuncia  
 Que al formarme de Dios el dedo sábio,  
 Con libertad y con razon cumplida,  
 Me dió tambien perpetuidad de vida.

¿La nada! . . . ¿qué es la nada? en la materia  
 Podrá ejercer acaso sus rigores,  
 Mas no en el alma, que inmortal, no feria  
 Por muerte vil sus dotes superiores:  
 Será eterna su dicha ó su miseria,  
 Perpetuos sus placeres ó dolores;  
 Mas no se logrará que ella sucumba  
 Al inútil reposo de la tumba.

Jamás seré tu presa, nada odiosa:  
 Yo sostendré contra tu fuerza inerte  
 El rigor de una vida trabajosa,  
 Unido á las congojas de la muerte.  
 Dilata mi ecsistencia dolorosa,  
 Que vivo ¡oh Dios! en tu rigor me advierte;  
 Libra mi esencia de la nada fria,  
 Y prolonga por siglos mi agonía.

Así clamando contra mi batallo,  
 Y al dolor y tormentos me sentencio;  
 Mas do quier que me vuelva, solo hallo  
 Delirios, soledad, sombras, silencio.  
 Me hundo en nuevos abismos, tiemblo, callo,  
 Y ni lugar, ni tiempos diferencio:  
 Paro en un punto, y con igual suceso  
 La eternidad me abrumba con su peso.

*Presencia de Jesucristo.—Juicio particular.—  
 Intercesion de Elisa.*

CUANDO he aquí, que de súbito aparece  
 Lejano resplandor que me deslumbra,  
 Y en forma circular se acerca y crece  
 Astro sereno, que el espacio alumbra:  
 En medio un trono fúlgido se ofrece  
 Que con vivos crisólitos relumbra;  
 Y de oro en candelabros diferentes  
 Siete antorchas lo cercan refulgentes.

Sostienen su peana estraordinaria  
 Entre nubes, alados querubines:  
 Fórmanle al rededor corona varia  
 Hermosos y abraçados serafines:  
 Los rayos de la escelsa luminaria  
 Penetran del espacio los confines:  
 Asombróse de ver la Noche negra  
 En sus reinos la luz, que el cielo alegra.

Sobre el trono se ostenta fulminante  
 El Hombre Dios, con magestad ceñido  
 De una dorada zona rutilante,  
 Y de bordada púrpura vestido.  
 Rayos sus ojos son, sol su semblante:  
 Su cabello de luz brilla teñido:  
 Y calzados sus piés con rico adorno,  
 Lucen cual oro derretido en horno.

Cuando su diestra en la estension levanta  
 Cércanla en derredor siete luceros,  
 Que jamas otros de belleza tanta  
 Vió el empíreo cruzar por sus senderos:  
 Proceden de su boca sacrosanta  
 De espada de rigor dobles aceros:  
 Resuena de sus lábios el acento  
 Como el mar agitado por el viento.

Herido de su luz con el torrente,  
 Que absorto miro y temerario arrostro,  
 Me abandonan las fuerzas de repente,  
 Súbita palidez cubre mi rostro,  
 Y ante el sólio del Hijo Omnipotente  
 Temblando caigo, y con pavor me postro:  
 La inmensa claridad en que me aniega  
 Es rayo que me abate y que me ciega.

Sonò su voz, y penetró en mi oido  
 Aturdido de horror, de espanto lleno,  
 Cual si oyera con hórrido estampido  
 De monte en monte retumbando el trueno.  
 —“Yo soy, dijo, principio conocido  
 Y único fin tambien de cuanto ordeno:  
 Yo tengo con dominio sempiterno  
 Las llaves de la muerte y del infierno.

“Apréstate, mortal, y de tu vida  
A mi justicia rinde estrecha cuenta.”—  
Al momento una luz desconocida  
Dejó mi mente de ilusión esenta,  
Y con asombro ví, no interrumpida,  
La série de mi vida turbulenta:  
Las horas de mi edad todas vinieron,  
Y contra mí los años renacieron.

Como en cueva profunda, tenebrosa,  
Por edades cerrada entre malezas,  
Si repentina antorcha luminosa  
Penetra por sus hondas asperezas,  
Se ofrecen á la vista temerosa  
De monstruos mil cristadas las cabezas,  
Que al súbito fulgor rugen, se erizan,  
Y entre sí se destrozan y encarnizan:

No de otra suerte en la conciencia mia  
Monstruos se sublevaron horrorosos,  
Aletargada turba, que dormía  
En los senos del alma misteriosos.  
¡Oh Dios! ¡cuál fué mi espanto, mi agonía,  
Cuando en tenaces círculos nudosos  
Sierpes venenosísimas me ligan,  
Rabiosas me sofocan y atosigan!

Alzo la vista con agudo grito,  
En lazos de dolor inmoble y preso,  
Y ante el sólio de Dios encuentro escrito  
En tablas de diamante mi proceso.  
Una contiene número infinito  
De culpas y de errores, cuyo peso  
Vence la tierra y mar con sus arenas:  
Otra, ¡cuán limitadas obras buenas!

Junto aquella, Satán, fiero enemigo,  
Espíritu del mal, con torvo ceño,  
Terrible acusador, sagaz testigo,  
Encarece mis culpas con empeño,  
Y demanda insolente mi castigo  
Como el de siervo vil áspero dueño:  
Horroriza á los ojos su figura  
Negra en color, gigante en estatura.

Al lado de ésta lagrimoso asiste  
El Espíritu ilustre de mi guarda,  
Intentando librar á mi alma triste  
De la desgracia eterna que la aguarda:  
A los ataques de Satán resiste,  
Y el breve plazo funeral retarda:  
En esto el sumo Juez cerró la audiencia  
Para dar de sus lábios la sentencia:

Y tomando en sus manos la balanza  
Con que del hombre las acciones pesa,  
Y el premio y el castigo, sin mudanza  
Distribuye, conforme á su promesa:  
Cuando la débil luz de mi esperanza  
En humo se ecshalaba y en pavesa,  
Creyendo oír con penetrante grito:  
*De mi presencia apártate, maldito:*

Una hermosa muger ví que venía  
A quien ligera nube circundaba,  
Los ámbitos llenando de alegría  
Que con sereno vuelo atravesaba:  
Rastro estenso de luces la seguía:  
Aromas á su paso derramaba:  
Nunca tan linda la risueña Aurora  
Nace del terso mar, y el cielo dora.

Viste preciosa túnica de lino,  
 Mas cándida y mas pura que la nieve,  
 Que en monte escelso, al cielo convecino,  
 Del sol en su zenit los rayos bebe:  
 Cubre un velo su rostro peregrino:  
 Calza sandalia de oro su pié breve:  
 Llega al sólio, descúbrese y rendida  
 Dijo, con voz de mí reconocida;—

“Soberano Señor, si á esta tu sierva,  
 Que ante tu acatamiento se anonada,  
 Tu clemencia sin límites reserva  
 Que merezca esta vez ser escuchada,  
 Por un Sér infeliz, á quien conserva  
 Mi no olvidado amor la fé jurada,  
 Imploro tu piedad: pecó como hombre,  
 Pero nunca, Señor, negó tu nombre.

“Que en su inmortal espíritu, nacido  
 Para la eternidad, objeto de ella,  
 Ofuscado se vió, mas no estinguido  
 El rayo hermoso de tu lumbre bella:  
 Como en el pedernal endurecido  
 Oculta permanece la centella,  
 En su alma conservó tu fé divina,  
 Cual luz inestimable, peregrina.

“¿Qué de veces absorto, viendo escrito  
 Tu refulgente nombre allá en el cielo,  
 Lloró su triste corazon marchito,  
 Henchido de dolor, presa del duelo;  
 Y llamado de tí, Bien infinito,  
 El fango desdeñó del hondo suelo,  
 Aspirando con ala voladora  
 Tocar al trono, dó tu Esencia mora!

“¡Oh, si en objetos viles, subalternos,  
 No se hubieran sus ojos engañado,  
 Ni con pasos indóciles, alternos,  
 De tus santos caminos descarriado,  
 Hora en tus tabernáculos eternos,  
 La sien ceñida de laurel sagrado,  
 Asentado á tu mesa gozaria  
 Perpétua holgura en sempiterno dia.

“¿Y qué, Dios de bondad, tú has prevenido,  
 Por decreto absoluto, irrevocable,  
 Que este Sér con tu sangre redimido,  
 Sea tizon del abismo miserable?  
 ¿De su eterna heredad desposeido,  
 Vaso de horror, objeto abominable,  
 Privado de tus vivos resplandores,  
 Gemirá en las tinieblas exteriores?

“¿Podrà estar limpio el hombre à tu presencia,  
 Sulcando de la culpa la mar ancha,  
 Si la luz de tu pura inteligencia  
 En los Angeles mismos halló mancha?  
 ¡Ay! su desgracia muévate á clemencia,  
 Alivia su afliccion, su ánimo ensancha,  
 No le niegues airado tus consuelos,  
 Ni le cierres la puerta de los cielos.

“¿Querrás, que de dos almas que se amaron  
 Desde que criadas por tu soplo fueron,  
 Que en la tierra gozosas se encontraron,  
 Y con amor recíproco vivieron;  
 Que juntas por la vida caminaron,  
 Y una misma esperanza mantuvieron,  
 Una quede en tu gloria permanente,  
 Y que la otra perezca eternamente?



“No lo quieras, Señor, piadoso, bueno,  
 (Anegada en sollozos le decia)  
 De tu justo furor depon el trueno,  
 Perdona la mitad del alma mia.”—  
 Dijo, y el lábio de amargura lleno,  
 En la diestra del Dios fuerte imprimia,  
 Y apagó en ella con su dulce llanto  
 El rayo que brillaba con espanto.

Y elevando despues su rostro bello,  
 En los ojos del Juez clavó sus ojos,  
 Suelto en profusos rizos el cabello,  
 Pálidos de temor sus lábios rojos;  
 Y creyendo en Jesus ver un destello  
 De compasion, templados sus enojos,  
 Tímida, vacilante, sin sosiego,  
 Llorosa renovó su ardiente ruego.—

“A tu bondad divina sin medida,  
 Escelsa y suma, cual tu misma esencia,  
 A la piedad humana, que se anida  
 En tus puras entrañas de clemencia,  
 Se acoge desolada y afligida  
 Quien tus juicios temblando reverencia:  
 Perdona, ¡oh Dios! la hechura de tus manos,  
 Y apiádate, Señor, de tus hermanos.

“Conozco que mi ruego no es bastante  
 Para impetrar de tí la voz de olvido;  
 Pero pongo tus méritos delante  
 Y la sangre preciosa que has vertido:  
 Piedad te pido, humilde y suplicante:  
 En nombre de tu Madre te la pido:  
 Es mi Madre tambien, ella me guia:  
 ¿Desdeñarás los ruegos de María?”—

*Perdon del pecador.—Jesus anuncia el fin de los tiempos.—Los Angeles predicen el triunfo de Jesus y de su Iglesia.*

Ojó este nombre, y su semblante airado  
 El Juez bañó con plácida sonrisa,  
 Como en el cielo oscuro y anublado  
 Blanda luz de repente se divisa,  
 Que al náufrago en las ondas agitado  
 Seguro puerto y dulce calma avisa:  
 Callan los vientos, se despeja el cielo,  
 Y el iris tiende su gayado velo.

Parte Satán con vergonzosa huida  
 A las hondas cavernas del tormento,  
 Como el ave nocturna, perseguida  
 Del sol, que sube á su inflamado asiento:  
 Goza mi rostro el aura de la vida,  
 Me inspira la esperanza nuevo aliento,  
 Y cual renuevos del rocío bañados  
 Alégranse mis huesos humillados.

Jesus abriendo sus purpúreos lábios,—  
 “Ceda el rigor á la clemencia, dijo:  
 Mi venganza remito y mis agravios,  
 Y logre el pecador el nombre de hijo.  
 Yo determino en mis consejos sãbios  
 Que el plazo en éste de su vida fijo  
 Se prorogue una vez, y allá en el mundo  
 Expié sus yerros con dolor profundo.